

CUARESMA: CAMINO DE CARIDAD Y VERDAD

CARTA PASTORAL PARA LA CUARESMA DEL 2012

“Un Cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales” (CV 4)

Queridos hermanos y hermanas:

La Cuaresma es el tiempo privilegiado para la peregrinación interior hacia Aquél que es la Verdad y Fuente de la caridad. Es una peregrinación en la que el Señor nos acompaña a través del desierto de nuestra vida, sosteniéndonos en el camino hacia la alegría intensa de la Pascua. Incluso en el *valle oscuro* del que habla el salmista (*Sal 23,4*), Dios nos guarda y nos sostiene, pues sabe que, como dijo el Santo Padre en la Plaza del Obradoiro, *somos seres en búsqueda, seres necesitados de verdad y de belleza, de una experiencia de gracia, de caridad y de paz, de perdón y de redención.*

También hoy el Señor escucha el grito de las multitudes que se sienten abandonadas, hambrientas de alegría, de paz y de amor. Sin embargo, en las noches oscuras de la miseria, de la soledad, de la violencia y del hambre en las que están atenazados tantos hombres y mujeres, Dios no permite que triunfe la oscuridad del horror. Parece como si un manto de desesperanza hubiera cubierto nuestro tiempo y no dejara ver con claridad la luz del día, pero como escribió el Beato Juan Pablo II, *hay un límite impuesto al mal por el bien divino* que es la misericordia (cfr. Memoria e identidad, 29).

En el mencionado horizonte de la misericordia, me gustaría compartir con todos vosotros en esta Cuaresma del 2012 el camino de la caridad y de la verdad ante el problema del desarrollo y de la pobreza.

La mirada cariñosa y compasiva de Cristo se detiene también hoy sobre los hombres y los pueblos, ya que, por el proyecto divino, todos estamos llamados a la salvación. Jesús, ante las oposiciones a este proyecto, se compadece de las multitudes y las defiende. El Señor abraza a todos y a cada uno ofreciéndose a sí mismo en sacrificio de expiación.

La Iglesia, iluminada por esta verdad pascual, sabe que para promover un desarrollo integral es necesario que nuestra mirada sobre el hombre se asemeje a la de Cristo, y es que sin la preocupación por los demás la conversión personal se quedaría corta, más aún, no sería auténtica. Convertirse a Dios significa salir de uno mismo para ir al encuentro del amor, que es el fundamento y motor principal de toda justicia. Conocer a Cristo a través de su Evangelio es imprescindible para la construcción de la sociedad según la libertad y la justicia. *La fe cristiana*, escribe Benedicto XVI, *se ocupa del desarrollo no apoyándose en privilegios o posiciones de poder (...) sino sólo en Cristo* (CV 18). El Santo Padre pone de relieve además que las causas del subdesarrollo no son principalmente de orden material, si no que están

ante todo en la voluntad, en el pensamiento y todavía más en la falta de fraternidad entre los hombres y los pueblos.

De ningún modo es posible dar respuesta a las necesidades materiales y sociales de los hombres sin colmar las profundas necesidades de su corazón. Esto debe subrayarse con fuerza en esta época de grandes transformaciones, en la que percibimos de manera cada vez más urgente nuestra responsabilidad ante los pobres del mundo. Ya el Papa Pablo VI identificaba los efectos del subdesarrollo como un deterioro de humanidad. En este sentido, en la encíclica *Populorum Progressio* denunciaba *las carencias materiales de los que están privados del mínimo vital y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo, [...] las estructuras opresoras que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de las explotaciones de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones* (PP, 21). Como antídoto contra estos males, el mismo Pablo VI no sólo sugería el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la cooperación en el bien común y la voluntad de la paz, sino también el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios. En esta línea, no dudaba en proponer decididamente la fe en Dios y la unidad de la caridad en Cristo.

Es la acción de Cristo la que nos mueve a afirmar los verdaderos contenidos de un humanismo pleno que, según el mismo Pablo VI, consiste en el desarrollo integral de todo hombre y de todos los hombres (Cfr. PP, 42). Por eso, la contribución que la Iglesia ofrece al desarrollo del hombre y de los pueblos no se basa primariamente en medios materiales ni en soluciones técnicas, sino en el anuncio de la Verdad de Cristo, que forma las conciencias, muestra la auténtica dignidad de la persona y del trabajo y promueve la creación de una cultura que responda a todos los interrogantes y necesidades del hombre.

Ante el desafío que supone la pobreza de muchos hermanos que nos rodean, la indiferencia y el encerrarse en el propio egoísmo aparecen como una actitud intolerable frente al ejemplo de Jesucristo: *El Señor hace justicia y defiende a todos los oprimidos [...] es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en misericordia (Sal. 103)*. Dios es amor, es justo y pacífico, y quien quiere honrarlo debe comportarse como un hijo que sigue el ejemplo del Padre.

La justicia no es una simple convención humana y el desarrollo de la sociedad no sólo se promueve con relaciones de derechos y de deberes sino también con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad siempre manifiesta el amor de Dios en las relaciones humanas y en el compromiso por la justicia en el mundo (Cfr. Benedicto XVI, Discurso al Parlamento Alemán, 2011).

El ayuno, la limosna y la oración que la Iglesia propone de modo especial en el tiempo de Cuaresma son una ocasión propicia para conformarnos más íntimamente con su acción caritativa y misericordiosa, como nos recuerda el hermoso sermón cuarenta y tres de San Pedro Crisólogo: *Tres son, hermanos, los*

resortes que hacen que la fe se mantenga firme, la devoción sea constante y la virtud permanente. [...] El ayuno, en efecto, es el alma de la oración, y la misericordia es la vida del ayuno. Que nadie trate de dividirlos, pues no pueden separarse. Quien posee uno solo de los tres, si al mismo tiempo no posee los otros, no posee ninguno. Por tanto, quien ora, que ayune; quien ayuna, que se compadezca; que preste oídos a quien le suplica aquel que, al suplicar, desea que se le oiga, pues Dios presta oído a quien no cierra los suyos al que le suplica.

Los ejemplos de los santos y las numerosas experiencias misioneras que caracterizan la historia de la Iglesia son indicaciones valiosas para sostener del mejor modo posible el desarrollo y la justicia. Hoy, en el contexto de la globalización, se puede constatar que ningún proyecto económico, social o político puede sustituir a la donación de uno mismo a los demás en la que se expresa la caridad pues, como nos dice el Santo Padre en el Mensaje para esta Cuaresma *nuestra existencia está relacionada con la de los demás, tanto en el bien como en el mal; tanto el pecado como las obras de caridad tienen una dimensión social.* Quien actúa según esta lógica evangélica vive la fe como amistad con el Dios Encarnado y, como Él, se preocupa por las necesidades materiales y espirituales del prójimo. Quien no regala a Dios, da demasiado poco. La beata Teresa de Calcuta decía a menudo que la primera pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo. En consecuencia, descubrir a Dios en el rostro amoroso de Cristo hace posible la construcción de una civilización sobre bases sólidas, pues el mismo Señor irradia una luz siempre nueva que resplandece en la oscuridad de la noche.

Ante la dolorosa realidad de nuestro mundo, muchos razonan que primero se debe mejorar la tierra y después pensar en el cielo. Consideran que en primer lugar se debe actuar cambiando las estructuras externas. Ésta es también una gran tentación para los creyentes en Cristo. A este respecto, el Beato Juan Pablo II observó con razón: *La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una gradual secularización de la salvación, debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral* (RM, 11). El auténtico desarrollo del hombre concierne a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones, incluida la trascendente.

Teniendo en cuenta la victoria de Cristo sobre el mal que oprime al hombre, la Cuaresma nos quiere guiar precisamente a esta salvación integral. Al convertirnos al Señor experimentaremos su misericordia gracias al sacramento de la Reconciliación y así descubriremos una mirada que nos escruta en lo más hondo y puede reanimarnos a cada uno de nosotros y, por lo tanto, a muchos hombres y mujeres que nos rodean. El Señor devuelve la confianza a cuantos no se cierran en el escepticismo, abriendo ante ellos la perspectiva de la salvación eterna. Por tanto, aunque parezca que domine el odio, el Señor no permite que falte nunca el testimonio luminoso de su amor y de su misericordia.

Pidámosle a María frutos de caridad en nuestro peregrinar cuaresmal. Que ella nos enseñe a mirar con esperanza el futuro, a animarnos mutuamente en nuestro caminar, a trabajar para dar a nuestro mundo un rostro más humano y fraterno *realizando buenas obras en el amor de Dios* (Mensaje Cuaresma 2012). A ella, *f fuente viva de esperanza*, pido por los hombres y mujeres de nuestra sociedad, que probados por la pobreza invocan su ayuda, apoyo y comprensión.

Con todo mi afecto en Jesucristo.

Vigo, 16 de Febrero de 2012

†Luis Quinteiro Fiuza
Obispo de Tui-Vigo